



HAL
open science

El Centenario de 1910 y las polémicas sobre el pasado de la nación

Tomás Pérez Vejo

► **To cite this version:**

Tomás Pérez Vejo. El Centenario de 1910 y las polémicas sobre el pasado de la nación. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles : congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.453-466. halshs-00529701

HAL Id: halshs-00529701

<https://shs.hal.science/halshs-00529701>

Submitted on 26 Oct 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

EL CENTENARIO DE 1910 Y LAS POLÉMICAS SOBRE EL PASADO DE LA NACIÓN

Tomás Pérez Vejo
INAH
México

La conmemoración de los primeros cien años de vida independiente fueron, en México como en otros países del continente, un momento propicio para una reflexión colectiva sobre lo que el país era. Un enmarañado debate histórico-político-ideológico al que el paso del tiempo ha convertido en un preciso y precioso documento sobre el proceso de construcción nacional en México. La propuesta de esta ponencia es analizar, a partir básicamente de fuentes periodísticas, las características de este debate, sus principales claves interpretativas y su significado en el contexto del proceso de construcción nacional mexicano.

Bajo el signo de la historia

Las conmemoraciones de 1910 tuvieron en todos los países hispanoamericanos un fuerte componente historicista. Coincidentes con un momento de exaltación nacional, a comienzos del siglo XX nadie parecía dudar que las naciones eran la forma «natural» de organización política de la humanidad, fueron el escaparate en el que los jóvenes Estados-nación americanos afirmaron frente al mundo y frente a sí mismos su condición de naciones soberanas, herederas y continuadoras de una historia nacional que las hacía diferentes de las demás naciones del planeta. La consecuencia fue que la historia y los debates historiográficos ocuparon un papel estelar en las fiestas del Centenario. Como ocurre en todo discurso nacionalista,

las polémicas históricas, o mejor la afirmación de cánones históricos normalizados, tuvieron un fuerte componente de legitimación nacional, de afirmación de lo que la nación era y de negación de lo que no era.

La propia idea de conmemorar hechos históricos tiene ya una clara voluntad de afirmar la existencia de una comunidad que se reconoce y se identifica con una historia común asumida como propia por cada uno de sus miembros. Mostraría la existencia de historias nacionales particulares, diferentes, por un lado, de las efemérides locales, familiares, gremiales, etc., y, por otro, de la, hasta las primeras décadas del siglo XIX hegemónica, común historia de una comunidad de creyentes. El triunfo de la nueva identidad de tipo nacional tenía dos opciones para desplazar el anterior calendario religioso, una serie de fiestas cívicas sin ninguna vinculación con hechos del pasado, fue lo que hizo la primera Revolución francesa, una nación de ciudadanos; o la rememoración de hechos del pasado que afirmasen la existencia de una comunidad construida por la historia, opción tomada por la práctica totalidad de las nuevas naciones, incluida también finalmente la francesa, una nación de súbditos del pasado tanto como de ciudadanos.

Las conmemoraciones nacionales carecen, de hecho, de sentido en las sociedades anacionales anteriores al fin del Antiguo Régimen. Por poner un ejemplo obvio, la Monarquía Católica previa a su disolución en naciones no consideró necesario conmemorar ni el primer, ni el segundo, ni el tercer Centenario del Descubrimiento de América, que podría considerarse uno de sus grandes hechos históricos, no hubo celebración oficial de ninguno de ellos; por el contrario, el nuevo Estado-nación español, cuya filiación con la organización política responsable del Descubrimiento es como poco dudosa, celebrará con el mayor boato posible, primero el IV y después el V Centenario del Descubrimiento como una de las cumbres de la historia nacional.

La conmemoración del Primer Centenario de las independencias coincidió con uno de los momentos álgidos de exaltación de la nación en Occidente, entre aproximadamente 1860 y la Primera Guerra Mundial el Estado-nación se convirtió en el protagonista indiscutido de la historia. Fue, como consecuencia, ocasión propicia tanto para un debate historiográfico sobre cual era la historia «verdadera» de cada nación como para la plasmación de esta historia en monumentos públicos. Ampulosos discursos en piedra y bronce cubrieron el continente americano, de uno a otro extremo, fijando la imagen de los héroes de las naciones y sus hechos; y encendidos debates históricos, en libros y periódicos, buscaron establecer quienes eran los héroes y los villanos de unas historias nacionales que no se iniciaban en el momento de las guerras de independencia sino que

remitían a naciones multiseculares cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos.

En el caso de México el consenso sobre la historia canónica de la nación había resultado especialmente complicado. A lo largo del siglo XIX se enfrentaron dos macrorelatos alternativos sobre el ser nacional, en realidad dos proyectos de nación, uno que para simplificar podemos denominar liberal y otro que, también para simplificar, podemos denominar conservador¹. Para el primero, la nación mexicana tenía su origen en el mundo prehispánico, había muerto con la Conquista, sobrevivido a la larga noche colonial y resucitado con la independencia; para el segundo, México, por el contrario había nacido con la Conquista, se había forjado en los siglos virreinales y llegado a la edad adulta con la independencia. Dos relatos antitéticos que en esencia eran cada uno de ellos la negación del otro.

Estas dos formas de imaginar el pasado diferían también con respecto al significado de la independencia, mientras que para el relato liberal ésta era, por encima de cualquier otra consideración, la ruptura violenta con España; para el conservador, la independencia había sido sólo el resultado de un crecimiento natural que había llevado a la nación mexicana a separarse de España alcanzada su madurez pero manteniendo profundos lazos y afinidades con la que había sido la antigua metrópoli. La metáfora favorita del primero de los dos relatos, repetida una y otra vez en discurso cívicos y artículos de periódicos, era la independencia como venganza de lo ocurrido trescientos años antes, el «Manes de Mochtecuizoma, ya estáis vengados» con que Carlos María de Bustamante saluda el fin de la Monarquía Católica en la Nueva España²; la del segundo, no menos repetida en periódicos, libros y discursos, la del hijo que llegado a la edad adulta se emancipa y abandona la casa paterna. La visión liberal de la independencia encontrará una de sus mejores y tempranas expresiones en el «¡Mueran los gachupines!» del Grito de Dolores; la conservadora en la afirmación del Plan de Iguala de que la América Septentrional había

-
1. El problema de ambas denominaciones, liberal/conservador, es que hacen referencia a una dicotomía ideológica, conflictos en torno a derechos y organización social, mientras que aquí se está haciendo referencia a una dicotomía identitaria, conflictos en torno a que somos. Una y otra tienden, en este caso concreto, a solaparse pero sin que las líneas de fractura sean exactamente coincidentes. Puede haber liberales que, desde el punto de vista identitario, se sitúen en el lado conservador y viceversa. Sobre los diferentes tipos de conflictos políticos de la modernidad (*interest-based*, *ideology-based* e *identity-based*) véase Claus Offe, «Homogeneity and Constitutional Democracy: Doping Whith Indentity Conflict Through Group Rights», *Journal of Political Philosphy*, 6, 2, 1998, pp. 113-141. Para el problema de la dicotomía liberales/conservadores en el México del siglo XIX desde una perspectiva identitaria véase Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México/INAH, 2008.
 2. Es una frase que este escritor mexicano incluye, con ligeras variaciones, en varios de sus textos, por ejemplo en una nota a pie de página de su edición de la *Historia General de las cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún, publicada en la Ciudad de México en 1830.

estado trescientos años «bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima».

La derrota de Maximiliano marcó el triunfo del proyecto nacional liberal y de su relato histórico. Sin embargo, el relato conservador siguió de alguna manera vigente y las polémicas históricas con motivo de la conmemoración del primer Centenario de la independencia fueron todavía de una cierta intensidad. Me voy a ocupar aquí sólo de dos de ellas. La primera tiene que ver con el lugar de Hidalgo e Iturbide en el santoral laico de la patria y la segunda con la herencia española y la manera paradójica como el porfiriato resuelve este espinoso asunto.

Dos padres para una nación: Hidalgo contra Iturbide

La existencia de dos proyectos alternativos de nación acabó polarizándose, con especial fuerza a partir aproximadamente de finales de la década de los cuarenta y la crisis generada por la invasión norteamericana del 46-47, en torno a las figuras de Hidalgo e Iturbide. El primero el héroe del proyecto liberal; el segundo del conservador. Cada uno de ellos con su propia fiesta conmemorativa, el grito de Dolores para los seguidores de Hidalgo y la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México para los de Iturbides, y su propia fecha de celebración de la independencia, 1810 para los primeros, 1821 para los segundos.

Para los liberales Hidalgo era, sin discusión posible, el auténtico padre de la patria, Iturbide sólo un personaje secundario y de patriotismo dudoso; para los segundos justo lo contrario, el verdadero héroe de la independencia era el autor del Plan de Iguala y el cura de Dolores poco más que el responsable de las matanzas y desgracias que durante diez años habían ensangrentado el suelo mexicano. Dos héroes antagónicos que representaban dos formas incompatibles de entender e imaginar lo que México era. Como afirmó el periódico *El Universal* en 1849, no se podía «celebrar el 16 de septiembre a los fusilados, y el 27 del mismo mes a los fusiladores»³.

Como ya se ha dicho más arriba el triunfo liberal contra Maximiliano fue también el triunfo del primero de los dos relatos. La fiesta nacional mexicana es la de la conmemoración del grito de Dolores y no la de la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México; el Centenario de la independencia se conmemoró en 1910 y no en 1921; e Hidalgo es el padre de la independencia mientras que Iturbide prácticamente ha desaparecido del santoral laico de la patria.

3. «Editorial. Grito de Dolores. Vindicación de la historia y de la independencia de México», *El Universal*, 23-XI-1849.

El triunfo del primero de los dos relatos queda perfectamente ejemplificado en el monumento a la Independencia de 1910, concebido como la apoteosis de Hidalgo («Apoteosis de Hidalgo» es de hecho el título que utilizan muchas de las descripciones contemporáneas para describir el zócalo de la columna en el que aparece su estatua). Hidalgo es el gran protagonista del monumento, su estatua, de mayor tamaño que las demás y situada a mayor altura, aparece rodeado de las de Guerrero, Morelos, Bravo y Mina, que le hacen de guardia de honor. Para que no quepa ninguna duda de quien es el gran protagonista es representado en el eje principal del monumento, enarbolando una bandera, mientras que a sus pies la Patria le ofrece un ramo de laurel y la Historia consigna en un libro los hechos por él protagonizados.

En perfecta simetría con lo anterior la exclusión del «traidor» Iturbide en el monumento a la independencia es casi absoluta. Su estatua no aparece entre los héroes que nos dieron patria, y hay que tener en cuenta que entre los que tienen derecho a estatua figuran personajes tan pintorescos como el irlandés Guillén de Lampart o con un papel tan secundario en el desarrollo de la guerra como el español Xavier Mina, y su nombre es relegado a uno de los anillos de la columna, invisible para cualquiera que no sepa que está ahí e incluso para quien lo sepa si no tiene muy buena vista. Comparte gloria y honor con Allende, Aldama, Rayón, Galeana, Matamoros, Victoria y Mier y Terán. Honor en todo caso relativo si tenemos en cuenta que el número total de nombres de héroes de la independencia grabados en la columna es de 31. Iturbide es sólo uno más entre los 31 nombres grabados.

Sin embargo, la polémica en torno al lugar de Iturbide en el santoral laico de la patria estalló con enorme virulencia en torno a la celebración del Centenario, prueba de hasta que punto seguía siendo un problema menos resuelto de lo que en una primera aproximación podría parecer. Ignorar de manera absoluta al antiguo militar realista era complicado. No sólo había sido él quien había proclamado realmente la independencia sino que su figura resultaba para el moderantismo porfirista, en muchos aspectos, más atractiva que la del cura de Dolores. No es de extrañar que la prensa más cercana al régimen intentase una reivindicación del héroe de Iguala, aunque sin poner nunca en cuestión la figura de Hidalgo, y en esto la ruptura con el discurso conservador sí es radical y absoluta; tampoco que la voluntad de excluir al «traidor Iturbide» de la conmemoración del Centenario fuese objetivo explícito del liberalismo más radical; ni que, simétricamente, la de los conservadores fuera de reivindicarlo.

Ya justo a comienzos de 1910 la prensa conservadora se opuso a la propuesta para que fuese cambiada la letra del Himno Nacional a causa de que no ensalzaba a Hidalgo y demás caudillos de 1810, y, en cambio,

mencionaba a Iturbide⁴. Propuesta que la Comisión del Centenario hizo suya. Se encargó un informe a Porfirio Parra, quien propuso que, para evitar confusiones, se cambiase el verso que decía «de Iturbide la sacra bandera» por «de la patria, la sacra bandera»⁵, evitando así la invocación a un héroe dudoso. Informe violentamente descalificado por todos los periódicos conservadores, en particular *El Tiempo* y *El País*, quienes alegaron que la figura del héroe de Iguala podía resultar dudosa para algunos

pero no [...] para la mayoría de los mexicanos, para quienes es el libertador de México y para quienes se escribió en Himno Nacional, al que los cultísimos gobernantes Don Benito Juárez, Don Sebastián Lerdo de Tejada y Don Ignacio Comonfort no pusieron reparo de ninguna clase⁶.

Aprobada la modificación por la Secretaría de Instrucción Pública, sólo por lo que se refería al Himno que debía cantarse en las escuelas, *El País* propuso una protesta general contra una medida cuyo único objetivo era «borrar [...] de ese hermosísimo himno [...] el nombre de nuestro Libertador»⁷

Finalmente, y al margen del debate sobre la modificación del Himno, se decidió, como ya se ha visto, no incluir su figura entre estatuas del Monumento de la Independencia, y esto si puede ser considerado, sin matices, como su eliminación del panteón de padres de la patria⁸. Una exclusión que fue también fuertemente cuestionada por la prensa conservadora, en particular por el católico *El Tiempo*, que alegó que la condición de héroes y beneméritos de la patria no podía responder a una decisión arbitraria. Había sido fijada por un decreto del Congreso de julio de 1823. Eran los nombres aprobados por el Congreso los que debían de figurar en la columna, escritos o en efígie, sin añadir o quitar ninguno.

Resulta revelador, sin embargo, que a pesar de que la estatua del héroe de Iguala no fuese finalmente incluida en el Monumento de la Independencia, el orador encargado del discurso oficial el día de su inauguración sí hiciese alusión a él y de forma laudatoria, aquel que puso «su espada al servicio de la independencia y con el alto nombre de LIBERTADOR entra en el grupo

4. La presencia de Iturbide en el himno nacional tiene una explicación bastante sencilla. En el momento de composición del himno, 1853, Iturbide era considerado el padre de la independencia, no Hidalgo.

5. La estrofa objeto de la discordia era una, hoy ya eliminada, que decía «Si a la lid contra hueste enemiga/nos convoca la trompa guerrera,/de Iturbide la sacra bandera,/mexicanos valientes seguid». En realidad ni siquiera una exaltación del general realistas, sólo la constatación que había sido él quien había fijado los colores de la bandera nacional.

6. «Alteraciones en las estrofas del Himno Nacional», *El Tiempo*, 13/I/1910.

7. *El País*, 17/II/1910.

8. Una afirmación que habría que matizar ya que si figuró su nombre en el catafalco de la apoteosis de los héroes. No es necesario precisar, sin embargo, la diferencia cualitativa entre un monumento efímero y otro fijado en piedra.

olímpico de los fundadores de la nacionalidad»⁹. Una afirmación que parecía dar el asunto por zanjado.

Sin embargo, ese mismo año de 1910 Francisco Bulnes publicó *La guerra de independencia: Hidalgo, Iturbide*¹⁰. Una especie de alegato doble, en defensa de Iturbide por un lado y en contra de lo que Alamán había escrito sobre Hidalgo, por otro. Y hasta aquí todo entra en la lógica de ese discurso integrador al que se está haciendo referencia. Resulta extraño, sin embargo, que se necesite defender a Hidalgo cuando ya nadie le atacaba, cuando, como tal como afirmaba el portavoz oficioso del gobierno, *El Imparcial*,

hasta los descendientes de aquel partido que tuvo a Alamán por «leader», hasta los sucesores de aquellos hombres se muestran concordes en exaltar la figura del anciano cura de Dolores, y en la celebración del Centenario no se ha dejado oír una sola voz encaminada a demeritar o decrecer la obra de Hidalgo, ni a poner reparos a sus procedimientos, ni a tildar su conducta¹¹

Más extraño aun si consideramos que, de manera general, los periódicos sólo hicieron referencia al libro para destacar la defensa que en él se hacía de Iturbide, de sus actos y de los ataques y de los olvidos que había sido objeto. Se convirtió en el libro «en defensa de Iturbide», aunque le están dedicadas bastante menos de la mitad de sus más de cuatrocientas páginas. Así *El Tiempo* dedicó una serie de artículos «no al examen [...] del libro de don Francisco Bulnes, sino sólo a señalar los puntos más culminantes en que hace justicia a Iturbide»¹².

Los artículos del periódico de Victoriano Agüeros son, en realidad, una defensa a ultranza del héroe desplazado, al que se presenta como una especie de compendio de todas las virtudes públicas y privadas, muy por encima, desde luego, del resto de los héroes mexicanos, pero también de los que hicieron la independencia en los demás países de América: administró con honradez los fondos públicos, si no se unió a la rebelión de Hidalgo fue porque nada bueno se podía esperar de las hordas que habían seguido a éste, las acusaciones de crueldad que se le habían hecho eran completamente injustificadas, no se le podía acusar de no haber sido demócrata cuando ninguno de los héroes de la independencia lo había sido,... y hasta su proclamación como emperador había sido un acto democrático, tal como afirmaba Bulnes «estaba por el imperio de Iturbide

9. Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia», reproducido en «La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo», *El Imparcial*, 17/IX/1910.

10. Francisco Bulnes, *La guerra de independencia: Hidalgo, Iturbide*, México, El Diario, 1910.

11. «¡Un nuevo libro del Sr. Bulnes! Hidalgo-Iturbide», *El Imparcial*, 18/X/1910.

12. «El nuevo libro de don Francisco Bulnes. La honradez de Iturbide en el Gobierno por lo que se refiere a los fondos públicos», *El Tiempo*, 4/XI/1910.

la inmensa mayoría de la nación»¹³. Exaltación nada difícil si consideramos que ya en el libro de Bulnes, al margen del título, hay una clara voluntad de subsanar la gran injusticia que, según este autor, se había cometido con Iturbide, «se borró su nombre de los mármoles del Capitolio, y se prohibió en las escuelas reverenciar su gloria» y se le juzgó con mala fe, «no hay buena fe al juzgar al héroe de Iguala»¹⁴.

En perfecta simetría con lo escrito por el periódico católico, *El Diario del Hogar*, el principal opositor liberal al porfirismo, atacó con saña lo escrito por Francisco Bulnes, cuyos argumentos tacha de sofismas. Defender de Iturbide era algo así como intentar justificar a Judas Iscariote. Tal parece como si estuviésemos en una polémica de los años cincuenta del siglo anterior y no en 1910.

La mejor prueba de que el juicio sobre Iturbide era un problema todavía no resuelto la tenemos en el hecho de que el oficialista *El Imparcial* se viese obligado a mediar en la polémica, publicando un largo editorial, titulado precisamente «El lugar de Iturbide en la historia», en el que se reconocía que la rehabilitación de Iturbide era «un tema todavía actual». La postura del portavoz oficioso del porfirismo es de cierta neutralidad. Ni el Libertador que habían proclamado los conservadores, ni el traidor denostado por los liberales, «Iturbide no fue el «Libertador», ni fue tampoco ese traidor cínico que nos pintan unos y otros»¹⁵. Una visión histórico-política que encajaba perfectamente en la visión de consenso de la independencia del porfiriato, que fue avalada también por la prensa conservadora para la que la fiesta de la independencia debía honrar tanto a los que la iniciaron como a los que la consumaron, «Si don Miguel Hidalgo y Costilla fue el feliz iniciador de la lucha emancipadora, don Agustín de Iturbide fue el afortunado y decidido consumidor de la obra»¹⁶.

Finalmente el Ayuntamiento de la ciudad de México aprobó una moción declarando que el 27 de septiembre se conmemoraba la consumación de la independencia, simbolizada por la entrada del Ejército Trigarante a las órdenes de Iturbide, y que por lo tanto debía de ser considerado también parte de las conmemoraciones públicas. Noticia acogida con satisfacción por toda la prensa conservadora, «Por fin...el elemento oficial empieza a hacer justicia al consumidor de la Independencia» tituló a toda página *El Tiempo*¹⁷. Moción que venía a unirse al preponderante lugar que Iturbide

13. Bulnes, *La guerra de independencia*, p. 349. Bulnes basa su afirmación en lo escrito por Zavala y Alamán.

14. Bulnes, *La guerra de independencia*, pp. 6 y 321.

15. «El lugar de Iturbide en la historia», *El Imparcial*, 24/X/1910. Nada demasiado diferente a lo que había afirmado Justo Sierra en *México y su evolución social* (Justo Sierra, *México y su evolución social*, Barcelona, Ballestrá y compañía, 1900-1902)

16. «Notas editoriales. El Centenario de Iturbide», *El Tiempo*, 17/III/1910.

17. *El Tiempo*, 29/IX/1910.

había tenido en la gran cabalgata histórica que recorrió las calles de la ciudad de México el 16 de septiembre y en la que Iturbide y el Ejército Trigarante ocuparon el lugar principal. Los que asistieron a esta cabalgata histórica del día 16 pudieron ver una representación de la historia que si no era la negación de lo que se proclamaba en el monumento del Paseo de la Reforma se le parecía bastante. Articulada en torno a tres grandes temas: encuentro de Moctezuma y Cortés, sociedad virreinal e independencia, esta última quedó prácticamente reducida al Ejército Trigarante e Iturbide, a quien se dio un papel estelar en esta especie de representación teatral de la historia de la nación.

Estos reconocimientos a Iturbide no pudieron evitar, sin embargo, que el Centenario marcara, de forma definitiva, el triunfo de Hidalgo como padre de la Independencia mexicana y la paralela exclusión de Iturbide, tal como expresa, como ya se ha dicho, el monumento del Paseo de la Reforma.

La difícil herencia española

El problema de la herencia española resultaba mucho más complicado que el de Hidalgo e Iturbide, afectaba no sólo a las relaciones con España sino también, quizás sobre todo, a la propia definición de México como nación.

El primer problema, el de las relaciones con España, se resolvió de hecho de manera relativamente fácil. Como ocurrió en todos los países del Continente, y por una serie de factores que fueron desde el fin de la presencia colonial española en América en 1898 a los cambios en la política española hacia Hispanoamérica, la celebración de los Centenarios tuvo lugar bajo el signo del reencuentro y las conmemoraciones sirvieron para escenificar, paradójicamente, más la reconciliación con la antigua metrópoli que la ruptura. Idea que fue repetida una y otra vez por todos los periódicos, al margen de las ubicaciones ideológicas, si para *El Diario*, cercano al gobierno, «España, olvidados ya los antiguos rencores, puede considerarse como una hermana mayor de las jóvenes naciones americanas»¹⁸; para el conservador *El Tiempo*, el Centenario marcaba la hora de «una reconciliación de familia [...] porque la vida histórica de México no es más que una prolongación de la vida histórica de España»¹⁹. Reconciliación que tendría su mejor expresión en el que España fuese la única nación citada, de manera absolutamente laudatoria, en el discurso de inauguración del monumento de la Independencia, el acto central

18. *El Diario*, 20/IV/1910. La idea de que el Centenario marcaba el momento de la reconciliación definitiva con España fue repetida por otros muchos periódicos, no sólo de México sino del resto del continente.

19. «Notas editoriales. Fuerza evocativa de un nombre», *El Tiempo*, 3/IX/1910.

de las celebraciones del Centenario, y en la ubicación del finalmente no construido monumento de los españoles en la ciudad de México.

Sobre lo primero, casi basta con la cita:

Creeríame indigno del honor de haber ocupado esta tribuna si descendiera de ella sin saludar a la madre España, cuando en la lengua que ella compartió con nosotros estamos bendiciendo la Independencia, y cuando en nuestro corazón se estremecen fibras que ella misma forjó, arrojando en este ardiente crisol tropical su sangre y su alma para que fueran fundidas en el alma y en la sangre que forjasen nuestro ser²⁰.

Están aquí todos los tópicos de la hipanofilia mexicana conservadora más tradicional, España como origen de la nacionalidad mexicana. Nada más que es ahora un liberal porfirista quien las dice y además en el contexto especialmente solemne de la inauguración oficial del monumento a la independencia.

El caso del monumento ofrecido por la colonia española en México, aunque finalmente no construido, es relevante por otros motivos. En principio se refiere más a los imaginarios de los españoles de México que al de los mexicanos propiamente dichos. En este sentido el que la figura elegida fuese Isabel la Católica, nos estaría demostrando hasta que punto el discurso hispanoamericanista promovido por España estaba encontrado eco y apoyo en las colonias españolas en América. Isabel la Católica era prácticamente el centro de este discurso hispanoamericanista. Sin embargo, la manera como fue recibida la idea por la prensa mexicana y, sobre todo, el lugar donde se decidió ubicar el monumento son ya un asunto mexicano y no español.

Los elogios sobre la pertinencia de dedicar un monumento a la reina que había financiado el viaje de Colón fueron unánimes y quedan perfectamente reflejados en lo escrito por el portavoz cuasi oficioso del porfirismo, el periódico *El Imparcial*, para el que Isabel la Católica era «la gran Reina que dio a su patria un nuevo mundo y al Nuevo Mundo los primeros elementos de civilización»²¹. Me interesa más, sin embargo, el asunto de la ubicación del monumento, esa sí una decisión del gobierno mexicano.

El monumento a Isabel la Católica, del que se puso la primera piedra con la pompa y boato correspondiente, iba a estar ubicado en una glorieta justo en frente de la puerta de entrada del parque del Castillo de Chapultepec, cerrando el Paseo de Reforma, todavía sin su prolongación posterior. Es

20. «Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia», reproducido en «La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo», *El Imparcial*, 17/IX/1910.

21. «Sección editorial. Españoles y mexicanos», *El Imparcial*, 2/IX/1910.

decir, el monumento de los españoles se integraba dentro del gran eje cívico imaginado por el Estado mexicano como escenario donde representar el pasado de la nación mexicana, honor al que por supuesto ninguno de los otros monumentos ofrecidos por las colonias extranjeras tuvo derecho. Pero no es sólo un asunto honorífico, significaba incluir a la historia española como parte de la historia nacional mexicana en un eje que comenzaba con la estatua de Carlos IV, el caballito, eliminadas eso sí las armas del imperio azteca bajo los pies del caballo, seguía con Cristóbal Colón, continuaba con Cuauhtémoc, el Ángel de la independencia y culminaba, ya a las puertas de Castillo con Isabel la Católica. Puede parecer una colección de monumentos relativamente caótica, pero no lo es. Exhibe en imágenes un determinado relato sobre lo que México era, un relato en el que el lugar de España, lo español y los españoles resultaba determinante. Cuauhtémoc, el defensor de la independencia mexicana, y los héroes que la habían recuperado tres siglos más tarde, aparecían flanqueados por el autor del Descubrimiento, la reina que lo había hecho posible y un monarca de la casa de Borbón. No había una estatua de Cortés como le hubiera gustado a algunos de los nacionalistas mexicanos más hispanófilos, por ejemplo Cosmes, pero casi. El primer siglo de vida independiente se cerraba con un relato en piedra y bronce que si no era el del proyecto conservador de la primera mitad del siglo se parecía bastante y en el que la historia española se integraba como parte de pleno derecho de la mexicana.

Más problemático resultó el problema de la herencia española en relación de la propia definición de México como nación. El relato liberal, como ya se ha dicho el finalmente hegemónico, partía de la imagen de una nación mexicana heredera del mundo prehispánico y en la que España, lo español y los españoles se convertían en el otro por antonomasia. Una visión que se fue progresivamente dulcificando y con el Porfiriato pareciera a haber llegado a una especie de consenso, ni herederos del mundo prehispánico ni hijos de la conquista sino el fruto de la mezcla de dos mundos. Imagen que ya había sido dibujada a grandes rasgos en *México a través de los siglos*, el gran relato histórico del México decimonónico, y que da la impresión que para 1910 se había convertido en hegemónica. Expresado en palabras del oficialista *El Imparcial*:

Orgullosos nos sentimos los mexicanos de nuestra sangre española, más no por ello tenemos a menos descender también de los indios; y aun creemos que de la fusión de esas dos sangres heroicas, sangre de los conquistadores y de los héroes indígenas se ha formado una raza fuerte, la raza nuestra[...]. No hay, pues entre nosotros este dilema: o indios o españoles. Somos mexicanos» («Sección editorial. Orgullo de raza»²²

22. «Sección editorial. Orgullo de raza», *El Imparcial*, 2/VII/1910.

En la gran cabalgata histórica celebrada con motivo del Centenario, a la que ya se ha hecho referencia, se escenificó de hecho una historia de la nación que encaja perfectamente con esta imagen de consenso. Abrían el desfile Moctezuma y Cortes con sus respectivos séquitos, es decir se afirmaba que el origen de la nación mexicana estaba en la Conquista y su fusión de dos pueblos, no en el mundo prehispánico, que era lo que tradicionalmente había afirmado el imaginario liberal más hispanóphobo; seguía una pormenorizada representación de la sociedad virreinal en toda la complejidad de sus órdenes y estamentos, es decir se asumía el periodo virreinal como parte de la historia de la nación, cosa que una parte del discurso oficial había negado durante mucho tiempo; y, por último, los grandes protagonistas de la Independencia eran Iturbide y su ejército, si en el monumento a la Independencia Iturbide había sido relegado a uno de los anillos superiores de la columna los que asistieron a la gran cabalgata lo vieron desfilar al frente del ejército realista al pleno (Granaderos imperiales, Fieles de Potosí, Regimiento de Fernando VII, Dragones del Rey, etc.).

Este consenso tuvo uno de sus puntos débiles en el problema de la raza nacional. La larga sombra de Herder y su idea de que una nación es una entidad natural definida por la raza, la lengua y la cultura va a planear sobre todos los procesos de construcción nacional decimonónicos, aunque con más intensidad en unos que en otros. En el caso de México, con el problema de que ninguno de los tres elementos de la gran trilogía romántica sobre la nación estaba presente en el territorio que había proclamado su soberanía política en 1821. Razas, lenguas y culturas distintas convivían y se solapaban en un espacio geográfico cuyo único rasgo de unidad era haber formado parte de la antigua entidad administrativa del virreinato de la Nueva España.

Por lo que se refiere a la existencia de una «raza mexicana», la presencia de «razas» diferentes y antagónicas fue una realidad insoslayable a lo largo del siglo XIX²³, acompañada en la mayoría de los casos por el convencimiento de las élites de la «mala calidad» de una de ellas, la indígena, que además era la mayoritaria. Recordemos que el racialismo decimonónico se define, no sólo por su creencia de que la humanidad está naturalmente dividida en razas, sino por el convencimiento de que existían razas superiores y razas inferiores, lo que en el caso mexicano

23. En un dictamen presentado por Francisco Pimentel al Ministro de Relaciones en 1879 se afirma, literalmente, que «en México tenemos [...] dos pueblos diferentes en un mismo territorio, y lo que es peor dos pueblos hasta cierto punto enemigos pues los indios ven a los blancos con ceño y desconfianza» (Reproducido en Manuel Puga y Acal, «La inmigración negra», *El Tiempo*, 12/IV/1910). Cuarenta años más tarde es un periódico el que afirma «Entre el indio y el criollo [...] se ha levantado una barrera difícil de destruir, por estar cimentadas sobre montañas de odios inveterados» («Notas editoriales. La regeneración del indio», *El Tiempo*, 28/III/1910).

llevará una preocupación obsesiva por el problema indígena y en una no menos obsesiva, e igualmente ineficiente, preocupación por desarrollar políticas inmigratorias que mejorasen la calidad étnica de la población.

En el contexto de esta polémica la herencia española se convirtió en uno de los puntos centrales del debate sobre la raza mexicana. Tanto liberales como conservadores habían mantenido a lo largo del siglo XIX un complejo discurso en el que, mientras por un lado afirmaban, especialmente los primeros, que la verdadera raza nacional mexicana era la indígena; por otro, y sin diferencias significativas entre ellos y dentro de las coordenadas racialistas de la cultura de la segunda mitad del siglo XIX, estaban convencidos de la mala calidad étnica de la «raza mexicana». Como consecuencia de lo anterior ambos grupos preconizaron la necesidad de políticas migratorias que favoreciesen la llegada de inmigrantes europeos, no sólo para poner en explotación los recursos del país sino también para mejorar la calidad genética de la población mexicana, lo que en el lenguaje de la época se traducía en la necesidad de «blanquearla».

Conservadores y liberales diferían, sin embargo, sobre el origen deseable de estos inmigrantes. Para los primeros se debía de favorecer la llegada de españoles, quienes por razones de raza, lengua y cultura eran los que más fácilmente se integraban en la raza mexicana, y en su defecto los provenientes de otras naciones católicas de Europa; para los segundos, por el contrario, debían de ser preferidos los de cualquier otro origen, siempre que fuesen blancos, antes que los españoles mientras que la religión no debía ni siquiera ser considerada.

La gran novedad en torno a la celebración del Centenario fue no sólo que el discurso liberal sobre la herencia española se dulcificó en gran manera sino que incluso los periódicos liberales comenzaron a hacer suyo un discurso respecto a la raza mexicana y a la llegada de inmigrantes españoles que hasta muy pocos años antes había sido patrimonio exclusivo de los conservadores. Así, por poner un ejemplo, el oficialista *El Imparcial* afirmará explícitamente que «Los españoles son los extranjeros más mexicanos que viven con nosotros, casi todos han formado aquí su familia»²⁴. Mientras que las llamadas a que se debía de favorecer la llegada de emigrantes españoles, los más idóneos para fortalecer la raza mexicana, se suceden en los periódicos liberales, retomando así un viejo argumento conservador pero que ahora parecen compartir todos. En algunos casos con preferencias regionales específicas, por ejemplo en el de *El Imparcial*, que aboga por favorecer la llegada de catalanes, una especie de españoles medio franceses y con espíritu empresarial anglosajón²⁵. Una especie de inmigrante ideal, español pero con las virtudes de los no españoles.

24. «Sección editorial. El Centenario de la Independencia», *El Imparcial*, 28/II/1910.

25. «Cataluña, límite de Francia e Iberia y transición etnológica entre ambos pueblos, ha sido de atrás

Conclusión

Los debates históricos del Centenario parecieron zanjar algunas de la polémicas más conflictivas en torno al relato sobre lo que la nación mexicana era. La que tuvo que ver con la paternidad de la independencia, Hidalgo o Iturbide, se zanjó de manera clara a favor del primero, aunque las polémicas en torno al lugar del segundo parecerían indicar que el desplazamiento de Iturbide del santoral laico de la patria resultó menos fácil de lo que una primera lectura pudiera hacer parecer.

Más conflictivo resulta el problema de la herencia española en la configuración nacional mexicana. La celebración del Centenario marcó, desde casi todos los puntos de vista, la reconciliación con España, lo español y los españoles. Sin embargo, ese mismo año de 1911 fue también el del inicio de una Revolución que no sólo recuperaría muchos de los tópicos antihispánicos y antigachupines del discurso liberal tradicional, el grito de ¡Mueran los gachupines! sirvió nuevamente de elemento de movilización popular, especialmente entre los seguidores de Zapata y de Villa; sino que el indigenismo y la exaltación del pasado prehispánico se convirtió en el santo y seña del nuevo proyecto de nación revolucionario y, como consecuencia, España, lo español y los españoles, en el otro que debía de ser borrado por completo del imaginario nacional. Aunque aquí se podrían también hacer todas las matizaciones que se quieran, no en vano uno de los principales ideólogos de la revolución, Vasconcelos, muestra en muchos de sus escritos una hispanofilia que parece beber directamente de la de los conservadores mexicanos decimonónicos.

Posiblemente, el problema esté, por un lado, en el que los relatos sobre la identidad nacional, como todo relato mítico, nunca se zanan de manera definitiva, no son ni verdaderos ni falsos, son mitos; por otro, porque la celebración del Centenario fue el fin de una época, que poco o nada tiene que ver con lo que vendría después.

vista como productora de hombres que alientan el espíritu de la época, que despliegan actividades sajonas» («Sección editorial. La colonia catalana», *El Imparcial*, 26/IV/1910).